



Educação Unisinos

E-ISSN: 2177-6210

revistaeduc@unisinos.br

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

Brasil

Knijnik, Gelsa

Fernando Álvarez Uría – un intelectual de nuestro tiempo

Educação Unisinos, vol. 20, núm. 1, enero-abril, 2016, pp. 129-139

Universidade do Vale do Rio dos Sinos

São Leopoldo, Brasil

Disponível em: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=449645666014>

- ▶ [Como citar este artigo](#)
- ▶ [Número completo](#)
- ▶ [Mais artigos](#)
- ▶ [Home da revista no Redalyc](#)

Entrevista¹

Fernando Álvarez Uría – un intelectual de nuestro tiempo

Fernando Alvarez Uría – an intellectual of our time

Fernando Alvarez Uría²
Universidad Complutense de Madrid
furia@cps.ucm.es

Gelsa Knijnik³
Universidade do Vale do Rio dos Sinos
gelsak@unisinos.br

Entrevistado

Fernando Alvarez Uría é doutor em Sociologia pela Université de París VIII-Vincennes e professor catedrático da Universidad Complutense de Madrid. Publicou, entre outros trabalhos, "Miserables y locos" (Tusquets, 1983) y "Microfísica da escola" (Revista Educação & Realidade). Sua vasta produção também inclui livros e artigos escritos em conjunto com Julia Varela, entre os quais estão: "Arqueología de la escuela" (La Piqueta, 1989), "La galaxia sociológica. Colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España" (La Piqueta, 2000), "Sociología, capitalismo y democracia. Génesis e institucionalización de la sociología en Occidente" (Morata, 2004), "Materiales de sociología del arte" (Siglo XXI, 2008) e "Sociología de las instituciones. Las bases sociales y culturales de la conducta (Morata, 2010). Sua mais recente obra intitula-se "El reconocimiento de la humanidad. España, Portugal y América Latina en la génesis de la modernidad" (Morata, 2014), sobre a qual tece comentários nesta entrevista.

Entrevistadora

Gelsa Knijnik é doutora em educação (UFRGS) e professora do Programa de Pós-Graduação em Educação da Unisinos e do Curso de Pedagogia dessa instituição. Pesquisadora do CNPq, coordena o Grupo Interinstitucional de Pesquisas em Educação Matemática e Sociedade (GIPEMS), credenciado junto a essa agência de fomento. Atualmente é editora da revista *Educação Unisinos*.

¹ O trabalho de transcrição da entrevista gravada foi realizado pela doutoranda do PPGEd/Unisinos, María Julieta Abba, a quem agradecemos pela importante colaboração.

² Universidad Complutense de Madrid. Av. Séneca, 2, 28040 Madrid, Espanha.

³ Universidade do Vale do Rio dos Sinos. Av. Unisinos, 950, Cristo Rei, 93022-750, São Leopoldo, RS, Brasil.

Gelsa Knijnik (G.K.): Agradezco mucho tu amabilidad al aceptar esta entrevista para *Educação Unisinos*, una entrevista que se realiza mientras tú y Julia nos dais el gusto de estar en Porto Alegre como profesores visitantes de nuestro programa de Posgrado. La primera pregunta que me interesaría hacerte es sobre el niño asturiano que fuiste, el estudiante que, años después, se desplazó a Madrid, y se fue haciendo el académico reconocido que ahora eres. ¿Qué cosas de tu niñez piensas que, de algún modo, han impulsado tu brillante trayectoria intelectual?

Fernando Alvarez Uría (F.A.U.): Nací durante el invierno de 1947, tras la Guerra Civil española, y tras el final de la Segunda Guerra Mundial, en el interior de una familia de la burguesía asturiana, a la vez conservadora y muy católica. Fui un niño que fue poco al colegio, y que estudiaba poco y mal, porque tenía problemas de asma, y en la escuela, además, me solían dar los ataques más fuertes, pues jugábamos en un patio un poco lóbrego en el que había mucha humedad. De hecho, la escuela a la que íbamos de niños era un colegio de las Hermanas del Amor de Dios, un colegio privado regido por religiosas. Fui durante muchos años un mal estudiante, pero a la vez un gran aficionado a la lectura.

G.K.: ¿Vivías en Oviedo, en la capital?

F.A.U.: No, en un pueblo, en Pola de Siero, una villa, de unos 5.000 habitantes, que está situada a 15 km. de Oviedo. Mi padre era dentista en Pola del Siero. Éramos 5 hermanos, 4 chicos y una chica. Mi hermana era la última, la pequeña. Yo soy el cuarto, después nació mi hermana. En la actualidad vivimos tres hermanos. Se murieron mi hermana y un hermano que me antecedió a mí, y que tenía el síndrome de Down. Mi padre era de Oviedo, hijo de un abogado conocido de la ciudad, y mi madre era de Avilés, una ciudad portuaria asturiana, en la que mi abuelo era consignatario de buques. Avilés se convirtió durante el franquismo en un puerto importante, pues se creó allí un gran empresa siderúrgica. Mi madre fue la mayor de siete hermanos, y mi padre el hermano pequeño de doce. Mis padres se casaron un poco mayores para la época, pues tenían algo más de treinta años. Mi padre era un hombre muy conocido en Pola de Siero, y nosotros crecimos en una época en la que los niños jugábamos en la calle. Durante los veranos me enviaban a León, a respirar el aire mas seco de los campos de trigo que entonces rodeaban la ciudad.

G.K.: ¿Y como comenzaste a aprender a leer y a estudiar las matemáticas?

F.A.U.: Yo tenía una profesora particular que se llamaba Argentina, que venía a casa, y que era suma-

mente bondadosa. También era la telefonista del pueblo. Argentina venía a darmes clases durante unas horas, prácticamente todos los días. Luego empecé el ingreso, que era un curso de preparación para el bachillerato, y ahí me incorporé a una especie de instituto que había en Pola de Siero, que nosotros denominábamos *El Centro*, a pesar de mis crónicos problemas de asma. Mi madre era muy protectora, nos cuidaba mucho. Y mi padre también.

G.K.: ¿Ella no trabajaba?

F.A.U.: No, mi madre trabajaba como ama de casa.

G.K.: ¿Y te gustaba estudiar?

F.A.U.: A mi sobre todo me gustaba leer cuentos y oír historias, me gustaba leer algunos libros de texto, sobre todo una antología literaria realizada por Blecua, pero, como te decía, no fui muy buen estudiante en la primaria, y sobre todo noté mucho esa llegada al instituto, porque claro, yo no estaba muy escolarizado, sabía cosas que a lo mejor otros niños no sabían, pero sin embargo, otras materia que por mi edad debía de saber, las desconocía. Y entonces llegué a este instituto relativamente joven, y el primer mes suspendí todas las asignaturas. De hecho, mi madre fue la que firmó la cartilla ese mes, porque si mi padre se esteraba de que yo había suspendido todo, el enfado sería memorable. Mi madre tapó el polinomio de suspensos, y no pasó nada, aunque supongo que mi padre hizo como que no se daba por enterado. A partir de entonces fui mejorando, y llegué a ser un estudiante, digamos, que más bien mediano, mas bien del montón, si me comparaba con las notas excelentes que obtenían mis dos hermanos mayores. Como éramos muchos hermanos, había mucho movimiento en casa, teníamos muchos amigos, andábamos en bicicleta, en patines, viajábamos con frecuencia a Oviedo. Además, estaba el cine. Recuerdo que nos daban a cada uno dos pesetas los domingos, que distribuíamos un poco en ir al cine, comprar chufas, comprar unos cuentos por la mañana en la librería, y también sobres con cromos, que en esa época se cambiaban mucho.

G.K.: ¿Qué son los cromos?

F.A.U.: Cromos son unas laminitas con figuras impresas de colores que con paciencia se van pegando en un álbum. Yo recuerdo que teníamos un álbum de las razas humanas de todos los continentes que a mi encantaba, en donde había los indígenas de Brasil, los pigmeos de África, los altos, enigmáticos y elegantes *masái* que aparecen en *Las minas del Rey Salomón*, y, claro, había algunos cromos que escaseaban mucho. Si tenías uno de esos cromos muy buscados lo podías cambiar por un montón de los cromos más corrientes. El canje de cromos era algo así

como una especie de mercado bursátil infantil en el que se ponía a prueba la capacidad de cada uno para hacer buenos negocios. Por esa época yo no sabía que Franco había escrito un libro que se titulaba precisamente *Raza*.

G.K.: ¿Para pegar los cromos, cómo lo hacías? ¿Aprendiste algo ahí sobre números?

F.A.U.: Nunca se me dieron bien los números, pues teníamos un profesor de matemáticas que era el terror de los mares. Entre la aritmética y la geometría siempre me interesó más la geometría. Al profesor le teníamos miedo, pues nos daba bofetones. Se llamaba Don José María, pero su verdadero mote era *Popeye*. A mí lo que me encantaban eran los indígenas y las historias de viajes. Cuando veías indígenas que tenían un plato en el labio inferior, y cosas así, como huesos que atravesaban la nariz, comprendías la grandeza y variedad del mundo, y la estrechez de tu propio mundo. Me llamaba la atención África. En esa época en la que no había televisión leíamos mucho. En casa había una colección de libros que se llamaba “El Tesoro de la juventud”, heredada de mi madre, y después la colección *Cadete*, que era una colección para jóvenes, en la que había novelas como *La Cabaña del Tío Tom*, *Un capitán de quince años*, *Dos años de vacaciones*, o *La Isla del Tesoro*. Y había una biblioteca pública, donde también íbamos mucho, porque allí se jugaba al ping-pong, al parchís, y a otros juegos. Como en el invierno llovía mucho en Asturias la biblioteca era un sitio de reunión habitual. Es curioso porque años después, leyendo el libro póstumo de Albert Camus, *El primer hombre*, me enteré de que para él la biblioteca pública fue muy importante, porque no había libros en su casa. Yo creo que las bibliotecas públicas son espacios que hay que cuidar para la socialización cultural de los niños. En la transición a la democracia, en España, Jorge Semprún, el autor de *El largo viaje*, un gran escritor que fue ministro de cultura en un gobierno socialista presidido por Felipe González, y que militó en el Partido Comunista en los años de plomo de la clandestinidad, durante el franquismo, tenía la obsesión de crear una red importante de bibliotecas, de forma que, en todos los pueblos y en todas las ciudades, niños y niñas pudiesen acceder a la lectura. Era un proyecto fundamental, pero por falta de voluntad política, no se desarrolló del todo satisfactoriamente.

G.K.: Te graduaste en Filosofía y Letras, por la Universidad Complutense de Madrid cuando el franquismo aún estaba en vigencia. ¿Cómo era la atmósfera universitaria casi al final del periodo de Franco? ¿Cómo lograste liberarte de esa losa cultural creada por la dictadura?

F.A.U.: Yo creo que para nuestra generación la oposición a la guerra de Vietnam fue un poco el desencadenante de un cambio cultural, pero también el Concilio Vaticano II, la revolución cubana, los movimientos estudiantiles del 68, y, en fin, la revolución de los claveles en Portugal. España fue un país que durante buena parte del franquismo estuvo aislado, como si se tratase de una isla en cuarentena, rodeada por una Europa libre. El cambio social y cultural comenzó a partir del Plan de Estabilización del año 1959 que favoreció el turismo, pero también la emigración de trabajadores españoles a Europa. Por entonces llegaron los Beatles, *los escarabajos*, con toda la fuerza de la música juvenil. Los movimientos estudiantiles fueron especialmente activos en la universidad. Las universidades eran espacios importantes de debate, de discusión, de contestación. Pero, claro, hubo también varios estados de excepción, profesores que fueron expulsados, deportados, militantes comunistas y sindicalistas encarcelados, y también condenas a muerte de opositores al Régimen.

G.K.: ¿En ese periodo participabas en los movimientos de protesta de la universidad?

F.A.U.: Yo provengo de una familia conservadora que aceptaba como algo natural la jerarquías sociales, y percibía en el Frente Popular de la República el triunfo de la guerra social y del ateísmo militante. Para mí fue una sorpresa descubrir que la Guerra Civil fue un golpe militar contra un gobierno republicano legítimamente elegido. Mi oposición al franquismo se fraguó en las comunidades cristianas de base que demandaban una mayor justicia social. Entonces tenía mucha importancia el clima cultural reinante en la mayor parte de las universidades porque en las universidades había muchas actividades al margen de currículum universitario. Había conciertos de jazz, recitales de poesía, conferencias, seminarios, cine fórum, teatro... y había también las eternas discusiones de café con los amigos. Yo recuerdo, por ejemplo, la representación en Madrid, de *Las Criadas*, de Jean Genet, que fue algo muy importante en aquél momento. Todo eso creaba un espíritu de resistencia contra el franquismo, de tal forma que yo creo que, a partir de los últimos cinco años del régimen franquista, se puede decir que la dictadura seguía vigente, pero buena parte de la sociedad, especialmente la población universitaria, ya se encontraba en otro tiempo y en otro espacio cultural.

G.K.: Hace un par de meses pude leer la entrevista que concediste a la revista *Conciencia Social*, y he sabido que después de años de estudios en París, retornaste a Madrid, estuviste de profesor en un instituto de enseñanza media,

y que incluso, en aquella época, escribiste un texto metodológico para la enseñanza de la Historia de la Filosofía. ¿Qué recuerdos tienes de ese tiempo de profesor en este instituto? ¿Qué proponías en aquel texto?

F.A.U.: Cuando Julia y yo regresamos de Francia a Madrid, yo intenté entrar en contacto con la universidad, para incorporarme a ella como profesor, pero la universidad española era aún muy endogámica, muy cerrada, pues incluso los concursos para nuevos contratos de profesores salían con fecha ya caducada, de modo que la mayor parte de las plazas se cubrían a dedo. El acceso a la docencia en sociología en la Complutense estaba entonces monopolizado por un catedrático, Salustiano del Campo. Afortunadamente, gracias a un amigo, conseguí un puesto en un colegio privado como profesor de filosofía, pero impartía también clases de literatura, y lengua. Eran muchas horas de clase. Ese año, que debió ser el 74 o el 75, todavía no se había muerto Franco. Los profesores hicimos una huelga no solo en el centro donde yo estaba, sino en la mayor parte de los centros de la enseñanza privada. En esa época el Colegio de Doctores y Licenciados era un institución corporativa dirigida por un socialista, y los comunistas sobre todo apoyaron el movimiento de profesores para pedir unos salarios más dignos, y para que se reconocieran ciertos derechos. Entonces hubo esa huelga, y me expulsaron del colegio por apoyar las reivindicaciones sindicales. Expulsaron a otros dos profesores también. Yo tuve la suerte de participar ese año en unas oposiciones para cubrir plazas de profesores agregados de filosofía, y aprobé. Entré en el instituto Quevedo, que está en San Blas, un barrio obrero de Madrid. En ese momento el director y el equipo directivo del Quevedo eran del Partido Comunista. Había muchas asambleas, había una gran efervescencia social, porque justo entonces se había muerto Franco, y se había abierto el proceso de transición a la democracia.

G.K.: Entonces no fuiste profesor en un solo instituto, sino en dos...

F.A.U.: Primero comencé en un colegio privado de bachillerato. Despues pasé al Instituto Quevedo, donde estuve un año, y luego estuve en el Instituto de Orcasitas, que también estaba en la periferia de Madrid, en otro barrio obrero. Estuve por tanto en dos institutos de zonas obreras. Ser profesor en el Quevedo para mí fue una experiencia muy interesante, porque era un barrio de clases populares en el que los estudiantes tenían mucho interés en ir a las clases, y en formarse para acceder a la universidad. Había en el barrio algunos jóvenes marginales que no iban al instituto, y a veces tiraban piedras contra los cristales de las ventanas, y en esos casos los

estudiantes que estaban en clase, especialmente los chicos, como movidos por un resorte, salían corriendo a defender el Instituto de estas agresiones. Era algo bastante emocionante.

G.K.: ¿Y por qué pasaba eso?

F.A.U.: San Blas era un barrio nacido de la emigración en el que estaba latente una cierta tensión social: había zonas muy pobres, donde vivían chicos que no podían ir al instituto, porque no querían o no podían, chicos que habían fracasado en la escuela primaria, y que para compensar la discriminación que sufrían se mostraban agresivos con los muchachos del colegio. Pero esos cursos para mí fueron importantes porque los estudiantes venían a clase con mucho interés. De hecho me incorporé al instituto para impartir clases de filosofía, pero para completar mis horas de horario daba también una clase de lengua en el curso primero del bachillerato. El programa oficial de la asignatura era horrible, era algo así como una especie de lingüística estructural, a lo Ferdinand de Saussure, que resultaba muy compleja y aburrida, tanto para los estudiantes como para mí. Entonces me dije: *“Esta asignatura, tal y como está concebida, no la puedo impartir!”* Lo hablé con Julia, que tenía buenas ideas educativas, y decidí que el problema central del curso serían los distintos códigos del lenguaje, los distintos modos de expresión y comunicación, empezando por la literatura, y continuando por la poesía, el teatro, el cine, pero también los spots televisivos y la prensa. Como era un curso nocturno, recuerdo que venía un estudiante ya mayor, que trabajaba en Iberia, en el Aeropuerto, y que nos traía ejemplares de los periódicos del día procedentes de todas las regiones de España. Trabajábamos mucho con la prensa. Por ejemplo, comparábamos una noticia en un periódico y en otro. Cada grupo tenía un periódico y resumía las noticias. Así los estudiantes podían comprobar cómo se expresaba lo qué estaba sucediendo, cómo funcionaba la prensa, mediada por las ideologías de la derecha, la izquierda, los intereses de los grupos de presión, etc. Fue muy bonito. Estaban juntos en la clase estudiantes muy jóvenes, como de 14 años, y otros de veinte, y de treinta años. Un día uno de los pequeños apareció con una tarta, para celebrar su cumpleaños, y entonces eso me pareció una confirmación de que estábamos trabajando bien. Había un ambiente estupendo porque era un grupo como de 25 o 30 estudiantes, chicos y chicas, y todos trabajaban mucho. Una de las cosas en las que me equivoqué fue a la hora de dar las notas parciales, porque me vi obligado a clasificarlos y a diferenciarlos. Realmente aquello de las notas no encajaba muy bien con toda la dinámica de compartir cosas, de aprender unos de otros, de esforzarse

en común. Yo cometí el error de darles notas, porque al final tenía que hacer las actas. Los clasifiqué en función de unos trabajos que me parecían mejores, y otros que consideraba peores, pero para algunos fue un duro golpe. Y me preguntaban: *¿Por qué yo tuve menos nota que mi compañero si estamos aquí todos trabajando juntos?* Me pareció un poco injusto porque además, tanto Julia como yo, veníamos de la Universidad de París VIII en donde no había notas, ni exámenes, simplemente, a partir de trabajos de grupo, te daban apto o no apto. Pero en España el sistema escolar estaba regulado de una forma muy individualizada, de modo que tenías que hacer algunas cosas que a veces no te gustaban, y quizás hubiese sido interesante explicitarlo más, haber discutido el asunto con los estudiantes. Yo creo que un profesor, cuando tienen problemas sobre algo relacionado con la materia que enseña, debería hablarlo con los estudiantes. Albert Camus decía que un buen maestro trata a los estudiantes como a *ciudadanos dignos de comprender el mundo*.

En esa época yo tenía la mañana bastante libre, y eso me permitía ir a la Biblioteca Nacional. Julia y yo trabajamos durante muchos años en la Biblioteca Nacional. Una de las ventajas de la sociología histórica es que no requiere grandes gastos, por eso los del Centro de Investigaciones Sociológicas no la valoran, la confunden con la historia. En el Instituto yo tenía clases desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche.

G.K.: Yo pensaba que cuando ustedes regresaron a Madrid ya tenían terminada la tesis...

F.A.U.: No, yo no había terminado la tesis. Yo hice la licenciatura, la *maîtrise*, y el DEA en Sociología París VIII, y Julia también hizo el DEA. Cuando nos vinimos a Madrid teníamos matriculadas la tesis, pero los materiales de base, los datos primarios los obtuvimos en Madrid, sobre todo en la Biblioteca Nacional.

G.K.: Y los estudiantes, ¿estaban muy politizados? ¿Se hablaba de la política?

F.A.U.: Sí, se hablaba de la política. Ellos eran muy participativos. Era el momento de la transición democrática, había también debates, había huelgas, había manifestaciones, había movilizaciones. Por ejemplo, en 1985 se promulgó la LOE (Ley Orgánica de Educación) y cinco años más tarde la LOGSE (Ley de Ordenamiento General del Sistema Educativo). Tras la muerte de Franco, que se produjo en noviembre de 1975, gobernó Adolfo Suárez, un ex franquista que legalizó al Partido Comunista poco antes de las elecciones. Entonces hubo una especie de proceso constituyente. Se elaboró la Constitución, que se aprobó en 1979. Pero había también una regulación normativa sobre los institutos, sobre el

currículum, y en esa normativa uno de los temas importantes era la elección de los directores de los centros. Allí los socialistas se movilizaron mucho para que se abriese un proceso participativo, y los directores fuesen elegidos por los claustros de profesores.

G.K.: También se movilizaron los comunistas, ¿verdad?

F.A.U.: Los comunistas fueron quienes asumieron durante el franquismo la lucha más decidida contra la dictadura. De hecho, yo creo que la gran oposición al franquismo la hicieron los comunistas y fue un poco injusto que, desde el punto de vista electoral, no encontrasen entre los electores el reconocimiento que merecían. Tampoco se hizo ningún homenaje a los que lucharon por la República, ni a los que se vieron obligados al exilio. Yo creo que la gente tenía miedo de que se repitiese una guerra civil tan terrible como la que había asolado España en 1936. Los propios comunistas eran muy moderados. Santiago Carrillo, el Secretario General del Partido Comunista, creo que, en un momento dado, en los llamados “Pactos de la Moncloa”, asumió en parte desmantelar el Partido, diluir el Partido en la sociedad civil. Entonces el PC tenía unas ramificaciones muy fuertes en los sindicatos, en las Comisiones Obreras, en asociaciones culturales, en colegios profesionales, en asociaciones de vecinos. Yo creo que la transición fue relativamente fácil porque el Partido Comunista estaba en todo, y sus dirigentes eran bastante sensatos, bastante equilibrados. Nosotros, en esa época, los criticábamos, considerábamos que eran excesivamente moderados, que había que hacer *la ruptura democrática*, una ruptura sonada, que terminase de una vez por todas con la monarquía y con el capitalismo. Estábamos en contra de una transición pactada.

GK: Cuando dices nosotros ¿quiénes son esos “nosotros”?

F.A.U.: Muchos jóvenes ignorantes y petulantes, que nos considerábamos a la izquierda del Partido Comunista. Pero ahora pienso que *menos mal que no han ganado los nuestros* (risas). Dicho esto, pensándolo ahora, *a posteriori*, creo sin embargo que es verdad que hay cosas que se deberían haber hecho y no se hicieron. Por ejemplo, el reconocimiento de los republicanos, el reconocimiento de la legitimidad republicana, el proceso a los grandes crímenes del franquismo, la laicidad, la recuperación de la memoria histórica, y la reparación a las víctimas del franquismo...

G.K.: ¿Pero nada de eso se ha hecho?

F.A.U.: No se ha hecho. Y yo creo que se debería haber hecho, y se debería de haber enterrado y homenajeado a los

muertos de la guerra incivil que aún yacen tirados en las cunetas, al borde de los caminos. El Partido Comunista, ya en la época de Franco, planteó una política que llamaban de *reconciliación nacional*. Creo que era una política de mano tendida a la democracia, una política que asumía que los españoles eran los que tenían ir a las urnas y elegir a sus representantes legítimos.

G.K.: ¿Pero había otros partidos organizados más a la izquierda?

F.A.U.: Si, había muchos partidos. Había partidos como el partido del trabajo, el PT, la liga comunista revolucionaria, LRC, el Movimiento Comunista, el MC, los anarquistas de la CNT, y otros. Y también había los partidos nacionalistas. En los últimos años del franquismo surgió ETA militar. Yo creo que uno de los errores de los partidos de izquierdas fue no haberse enfrentado a los asesinatos de ETA militar de forma clara y decidida. El mirar hacia otro lado ante crímenes horribles la extrema izquierda lo va a pagar durante mucho tiempo. Es duro pensar que todavía hoy ETA en España, una organización militar, aún no se ha disuelto. Y también es preciso reconocer, para los que son ultra-críticos con la transición española a la democracia, que una transición que se hace con esa presión brutal de un grupo armado que provoca atentados brutales, coches bomba, tiros en la nuca, no deja demasiado espacio para un cambio social bien meditado y consensuado. Creo también que el gobierno francés es responsable de haber dado durante demasiados años cobertura a ETA a cambio de compra de armas y otras ventajas indignas de un gobierno amigo, y de un país vecino. En todo caso la izquierda tendría que haber rechazado los crímenes en nombre de los derechos humanos y decirles a los nacionalistas vascos que tenían la posibilidad de defender la independencia (es decir, su insolidaridad con el resto del Estado, más pobre) desde el interior del sistema democrático.

G.K.: Pero hoy ETA está muy debilitada, ¿no?

F.A.U.: Si. La población española se ha movilizado en múltiples ocasiones y de forma ejemplar contra la barbarie y la muerte. En un momento dado, ETA secuestró a Miguel Ángel Blanco, concejal del Partido Popular, de origen gallego, en Ermua, una villa vasca, y lo quisieron canjear por presos vascos. El gobierno no accedió y lo mataron de forma vil. En el propio País Vasco, y en el resto del país hubo movilizaciones de protesta muy importantes en contra, y digamos que fue entonces cuando empezó el principio del fin de ETA.

G.K.: Por lo que yo misma pude comprobar, los mandos de ETA tenían un cierto apoyo entre los vascos...

F.A.U.: Si, tuvieron demasiado apoyo en el País Vasco, lo que prueba la inmadurez política de la izquierda vasca. El error de la izquierda fue no condenar la violencia, ni abrir el debate del nacionalismo: ¿somos nacionalistas o internacionalistas, somos de izquierdas o somos de derechas?. Para mí un nacionalismo de izquierdas es una contradicción en los términos. Yo creo que el internacionalismo siempre ha sido la bandera de la izquierda, estar con los parias de la tierra, con la famélica legión, con los olvidados del mundo. Esa idea de que nuestra patria es el mundo, que somos ciudadanos del mundo, ha sido una constante del socialismo y del comunismo. Eso en España, para mucha gente que se dice de izquierdas, aún no está claro.

G.K.: Al final no me contaste cuales eran las innovaciones que proponías en tu texto de enseñanza de la filosofía.

F.A.U.: Mi propuesta se publicó en una revista que Julia coordinaba en el ICE, en el Instituto de Ciencias de la Educación, de la Universidad Autónoma de Madrid, un centro de formación del profesorado y de investigación en educación. La revista se llamaba *Boletín del ICE*. Julia era la Secretaria de Redacción del Boletín y en un momento dado me dijo: *Estamos interesados en conectar con profesores de filosofía de los institutos, queremos que conozcan también la revista, y participen en la renovación pedagógica. ¿Por que no escribes algo?*. Y, efectivamente, escribí un articulito que se titulaba “Hacia otra historia de la filosofía”. Pensaba que había que hacer frente a una historia de la filosofía descontextualizada, ahística, una saga de varones ilustres que se suceden mecánicamente. Hay libros de filosofía en los que se pasa de Platón a Descartes, y a Kant, sin la menor contextualización de su pensamiento en la historia social y cultural. ¿Tiene sentido un pensamiento sin tierra, un pensamiento que surge como por arte de magia al margen de la historia? Me parecía que había que conectar a los profesores de filosofía con los profesores de historia de la literatura, con los profesores de historia social de los institutos, hacer algo mucho más afinado que esos discursos flotantes que tanto les gustan a algunos *filósofos a la violeta*. Entonces hice ese texto, que creo que no quedó muy mal. Allí aparecían como epígrafes Nietzsche, al principio, y al final Platón. El texto lo publicó el Boletín y tuvo cierto éxito.

Hubo también una historia un tanto injusta con los profesores de Instituto. Yo siempre me sentí muy próximo a ellos porque fui profesor de instituto. Había catedráticos de instituto que hicieron la tesis doctoral y tenían aspiraciones de promoción a la universidad, y no pudieron acceder a la Universidad porque ésta quedó

como desligada de los institutos. Por ejemplo, Raimundo Cuesta y otros profesores que hacen la revista de didáctica *Conciencia Social* son profesores que aspiraban legítimamente a acceder a la universidad, y se encontraron con una barrera absurda. Creo que en ese sentido fue un poco injusta la Ley de Reforma Universitaria, la LRU, porque estableció una fuerte separación entre los institutos y universidad.

En los Institutos habían enseñado algunos profesores republicanos muy importantes. Antonio Machado fue uno de ellos. Así que había toda una tradición de catedráticos de instituto que hacían un concurso-oposición muy duro para muy pocas plazas, y que tenían una formación fuerte, y que se sintieron un poco abandonados por la democracia, y por una ley que no les reconocía una carrera docente que diese acceso a la docencia universitaria. Yo tuve la suerte de que, en un momento dado, me llamaron de la Universidad Complutense para dar clases de historia de la filosofía. Deje el instituto porque a mí me interesaba más la investigación. Pero tuve bastantes enfrentamientos en la universidad, bastantes conflictos porque en el departamento donde entré, que era más bien conservador, no me recibieron muy bien.

G.K.: ¿Eras demasiado subversivo para ellos...?

F.A.U.: No, yo creo que más bien iba un poco por libre. Yo no había llevado la cartera a ningún catedrático, ni estaba dispuesto a llevarla. Entraba en un coto vedado sin pagar el peaje, y me lo quisieron hacer pagar. Eso supuso empantanarse en una pelea absurda en la que se vio implicado el propio rectorado. Es una historia larga y pesada, y más porque el clima de donde yo venía era amigable, de verdadero compañerismo. Fue duro porque un conflicto desde el punto administrativo te impide asentarte, no te permite tener un equipo, hacer cosas. En la universidad, por lo menos en la española, abundan los conflictos porque hay pocas plazas, y, para cada plaza que se convoca, hay una lucha feroz, una gran competición entre unos grupos y otros, incluso en el mismo departamento.

G.K.: Eso funcionaba así entonces, ¿pero ahora también, o quizás empeoró?

F.A.U.: Yo creo que empeoró. Hay mucha gente con doctorado y publicaciones esperando para poder incorporarse al profesorado; y con la crisis hay menos plazas, de modo que hay mucha tensión. En la universidad francesa también había una lucha muy fuerte en el campo intelectual, pues entre el grupo de Bourdieu y el de Boudon, por ejemplo, había incompatibilidades irreconciliables, pero yo creo que esos dos grupos de sociólogos funcionaban con categorías científicas dis-

tintas, con planteamientos distintos, con presupuestos epistemológicos y metodológicos muy diferentes, por lo que tanto los objetos de estudio como los resultados eran diametralmente distintos. Las luchas entre Bourdieu y Touraine se daban también entre territorios diferentes. En España no es tanto una lucha intelectual cuanto una lucha personal, individualizada, más emotiva que razonada, y eso no sólo desgasta más, también impide la formación y el desarrollo de grupos que pugnan por la competencia legítima.

G.K.: Por supuesto que tu estancia en París, y en la Universidad de París VIII-Vincennes, ha sido el gran marco de formación para tu trayectoria académica. ¿Cómo era la atmósfera intelectual de aquellos años de postmayo del 68? Por supuesto que en aquel entonces La Sorbona era la institución más conocida y también me imagino más conservadora. ¿Cómo elegiste Vincennes?

F.A.U.: En principio yo empecé conectando con La Sorbona, con París V, pero muy pronto en la Ciudad Universitaria, en el primer año de mi estancia en París, compartí habitación con un estudiante tunecino. Entonces los amigos tunecinos me dijeron: *Fernando, Vincennes está muy bien, y hay unos profesores estupendos, de izquierdas, es una universidad de nueva planta para una nueva generación, ¿qué pintas en esa universidad apolillada de la Sorbona, llena de diplodocus?* Efectivamente, fui a Vincennes, y pude comprobar que era una universidad que abría muchas posibilidades, una universidad en la que podías elegir prácticamente el currículum que querías seguir, ya que era muy abierto. Se podían elegir las asignaturas, los profesores, las clases, el horario. Y no solo podías hacer sociología con excelentes profesores sino que podías realizar algunas *unidades de valor*, o asignaturas, en el departamento de español, en el departamento de historia, o en el de filosofía. Había asignaturas que podías hacer fuera del departamento en el que estabas matriculado, también en matemáticas. En esa época aún no existían en Vincennes las etno-matemáticas. Yo entré en el curso de licenciatura y me convalidaron una serie de asignaturas por la licenciatura en filosofía. O sea, que acabé pronto la licenciatura en sociología, y después hice también la *maîtrise*, y el DEA, todo ello en Vincennes.

G.K.: Tu director de tesis de tercer ciclo fue Robert Castel. Con él has establecido una amistad que llegó hasta el fin de sus días. ¿Qué aprendiste con él sobre esta compleja tarea de dirigir una tesis? ¿Qué recuerdos más fuertes tienes de tu convivencia intelectual con él?

F.A.U.: Robert Castel me hizo ver la importancia del campo de sociología de las enfermedades mentales, me hizo descubrir ese amplio territorio. Y me enseñó que la

buena sociología debe responder a demandas sociales. A mí me interesaba la obra de Michel Foucault, y asistía a sus cursos del Colegio de Francia, pero comprobé que, a diferencia de Foucault, Robert Castel había afinado una metodología sociológica de análisis, heredada de la Escuela de Durkheim y de Max Weber. A la vez fue uno de los fundadores de la Red Europea de Alternativa a la Psiquiatría.

G.K.: ¿Robert Castel trabajaba en Vincennes?

F.A.U.: Robert Castel fue uno de los fundadores, con Jean-Claude Passeron, del Departamento de sociología de Vincennes. Ellos conectaron con otros profesores, y crearon un equipo, un equipo de entre veinte y treinta profesores, entre los que se encontraban Jacques Donzelot y Daniel Defert, que era el compañero de Foucault, que es el que publicó sus *"Dichos y Escritos"*. Había otros profesores como Nikos Poulantzas, Michel Meyer, Michel Lowy, Bernard Conein, Françoise Duroux...

Daniel Defert trabajaba sobre el espacio de la casa, la distribución del espacio social, la arquitectura, llevaba a muchos arquitectos a sus clases. Julia y yo asistimos también a las clases que impartían conjuntamente Nikos Poulantzas y Michael Löwy. Poulantzas era un gran profesor de tendencia marxista. Sus clases tenían mucho éxito, y él era especialmente cordial con los estudiantes. Había unos profesores cercanos, sensibles, estupendos. Una de las cosas que me admiraba de las clases de Robert Castel es que cuando los estudiantes hacíamos preguntas, en ocasiones torpes, él las retomaba y las mejoraba. Era un profesor magnífico. Los estudiantes teníamos que hacer trabajos, y presentarlos en clase. La primera parte del curso recaía más sobre los profesores, hablaban ellos, y después, a partir de un momento determinado, nosotros empezábamos a presentar los trabajos de grupo y a debatir. Los estudiantes preguntábamos en clase con toda tranquilidad. Recuerdo, por ejemplo, que un estudiante planteó en una ocasión la siguiente pregunta: *Profesor, ¿qué son las clases sociales?* Es una pregunta que uno no se atreve a hacer, pero el clima de Vincennes era diferente, y abría esa posibilidad de preguntar sobre lo que implícitamente estaba convenido que no se debe preguntar. Había una relación estupenda entre profesores y estudiantes. Recuerdo una vez a un estudiante que analizó el capitalismo a través de una caja de cerillas, una caja de fósforos. Empezó a hablar de la obtención del fósforo, de la importancia del fuego, de la división social del trabajo, de la fabricación de las cerillas, del comercio mundial de cerillas... Había gente muy imaginativa. Los trabajos se hacían en grupo, así que te reías también bastante, y conocías a gente, unos íbamos a las casas de otros, o sea, que aprendías sin la angustia del aprobado o del suspenso. Entre nosotros había una gran sociabilidad y

si íbamos a casa de alguien todos llevábamos algo para compartir. Comíamos juntos, discutíamos, y aprendíamos en condiciones de adquirir el *habitus* de la pasión por el conocimiento, una pasión que comienza por el reconocimiento del propio desconocimiento.

G.K.: ¿Cómo dirigió tu tesis Robert Castel?

F.A.U.: La verdad es que cuando hice la tesis no me veía mucho con Robert Castel. Ya en España le presenté un plan, y él me dijo que estaba bien. Le presenté lo que yo pensaba hacer, y él me dijo: *Creo que falta esto, o lo otro*, pero me dejaba bastante libertad para decidir. Yo había hecho ya con él una memoria de *maîtrise* de unas 200 páginas, que le había gustado mucho. La tesis la dirigió menos que la *maîtrise*. Era un hombre tranquilo, y cuando vio el borrador de la tesis le gustó. Yo hice la tesis pensando en hacer un libro que efectivamente se publicó, y Robert Castel tuvo la generosidad de hacer para ese libro un prólogo extraordinario. Yo tenía claro que la tesis tenía que ser un trabajo académico sólido, pero creía que la investigación debía responder sobre todo a la demanda social de la gente que sufría en ese mundo en transformación de la institución manicomial. El libro se presentó de hecho en Madrid en el Manicomio Alonso Vega, cuando el psiquiatra socialista Valentín Cortés ocupaba el cargo de Director. Tanto en Oviedo como en Madrid hubo todo un grupo de psiquiatras y de psicólogos que se interesaron por mi libro.

G.K.: Tu tesis doctoral se publicó en 1983 con el título *Miserables y Locos. Medicina mental y control social en la España del siglo XIX*. ¿Cómo se insertaba en las discusiones académicas de aquel tiempo?

F.A.U.: Cuando Julia y yo regresamos de París tuvimos bastante relación con un grupo de historiadores de la medicina de la Universidad Complutense, sobre todo con José Luis Peset, un profesor que escribió una historia de la universidad y que ya había publicado escritos de Lombroso, y conocía bien toda la psiquiatría positivista. Entonces José Luis Peset organizó algunas sesiones de debate porque ellos también estaban interesados en la obra de Michel Foucault y en saber qué estábamos haciendo. Por otra parte estos historiadores de la medicina publicaban algunas revistas, como *Asclepio*, revistas que para mí trabajo fueron importantes, y también tenían una buena biblioteca. Digamos que mantuvimos un debate muy enriquecedor con este grupo de historiadores que formaban parte del equipo de Laín Entralgo.

G.K.: ¿Y cuántos años trabajaste en tu tesis?

F.A.U.: Yo creo que unos 4 o 5 años. Se publicó en 1983, pero yo la presenté en París VIII que entonces ya se

había trasladado a Saint-Denis. La Universidad de Paris VIII comenzó a funcionar cerca del bosque de Vincennes en unos terrenos militares, unos terrenos que los militares habían cedido a la universidad, pero solo por un tiempo...

G.K.: ¿Y cómo es hoy la Universidad de Paris VI-II-Saint-Denis?, ¿cambió mucho?

F.A.U.: La verdad es que cambió bastante, pero nosotros no tuvimos mucha relación con Saint-Denis, al margen de presentar las tesis en el nuevo edificio. Yo creo que queda la marca de Vincennes, sin duda, pero que ya se han impuesto las notas, los exámenes, y también, en gran medida, la pedagogía tradicional. Una de las cosas que hicieron muy bien Castel y Passeron fue, por ejemplo, frente a Deleuze y los filósofos, luchar para que los títulos académicos otorgados por el Departamento de Sociología tuvieran validez a nivel nacional.

G.K.: ¿Deleuze estaba en Vincennes?

F.A.U.: Gilles Deleuze estaba en Vincennes, sí, estaba en el Departamento de filosofía, que él creó junto con Michel Foucault. Así que se podía asistir a sus clases. Allí estaba también François Châtelet, que coordinó la famosa Historia de la filosofía. En filosofía no tenían título estatal, daban una especie de diploma honorífico. Los profesores del Departamento de filosofía decidieron que los títulos que ellos daban no iban a tener un reconocimiento por parte del Estado. Decidieron romper con la estructura académica. Pensaban que la filosofía es incompatible con el Estado. Pero Robert Castel y Passeron tuvieron muy claro que la gente tenía que salir con un título oficial que sirviese para encontrar trabajo, para poder desarrollar una carrera profesional. Creo que los sociólogos tenían razón. Los filósofos, acantonados en el elitismo y el narcisismo, crearon una especie de academia platónica fuera del mundo, donde se hablaba de todo y de nada, y después los estudiantes, sobre todo los de un origen social más bajo, sufrían las consecuencias.

G.K.: Tú y Julia vivisteis intensamente la efervescencia de aquellos años en Paris. Fue allí donde conociste la obra de Michel Foucault y de los demás intelectuales franceses que estaban dispuestos a subvertir el pensamiento hegemónico en la vida académica parisina proponiendo nuevos métodos de análisis, nuevos temas de investigación...

F.A.U.: Bueno, yo ya había leído algunas obras de Foucault, y asistí a sus cursos, y seguí un poco cómo Foucault pensaba, cómo elaboraba las cosas, los problemas, eso era muy fascinante, pero creo que una de las cosas interesantes del París de aquella época es que los estudiantes nos movíamos mucho, es decir, íbamos

a Vincennes, pero podíamos ir a los cursos de Pierre Bourdieu, o a los de Ronald Barthes. Ibas de un lado para otro, y hacías por libre tu propio currículum. Y eso, claro, te proporcionaba una amplia perspectiva. Además también había tiempo para trabajar en las bibliotecas.

G.K.: ¿Y de donde sacabas el dinero para vivir en París?

F.A.U.: El primer año que estuve, en París me financió mi padre. Después trabajé como *vacataire* en el CNRS, y también tuve una beca de la Fundación March, que era una beca importante. Más tarde tanto Julia como yo, tuvimos becas del Gobierno francés. Julia, cuando yo la conocí, tenía una beca de la UNESCO que era muy difícil de conseguir.

G.K.: ¿Lo pasabais bien como becarios?

F.A.U.: Sí. Lo pasábamos muy bien. En esa época, en la ciudad universitaria, que es donde yo vivía, la asociación de estudiantes tenía un poder enorme. Julia y yo nos fuimos a la Casa de las Provincias de France porque yo era amigo del presidente del comité de estudiantes. Allí ganaban las elecciones siempre los tunecinos y los corsos, tenían un control casi total de la institución, tenían mucho peso, mucho poder, por ejemplo poder para seleccionar a los estudiantes, para repartir habitaciones, para proporcionar trabajos en la biblioteca, el bar, la sala de juegos. Y nosotros teníamos muchos amigos tunecinos.

G.K.: ¿Funcionaba la institución como en una especie de autogestión?

F.A.U.: Había un director o directora, pero después del 68 el comité de estudiantes que ganaba las elecciones tenía a la vez dinero y una gran capacidad de decisión. Lo cierto es que el comité de estudiantes tunecinos y corsos eran muy clientelistas, colocaban a muchos estudiantes, hacían favores, y entonces todos les votaban. Y es posible que también hicieran alguna trampa en las elecciones... Se rumoreaba que cambiaban alguna urna. La oposición la formaban los estudiantes franceses de provincias, que llegaban a París un poco despistados. Eran sobre todo estudiantes de Ciencias Políticas, que aspiraban a una carrera política, y pese a sus campañas bien programadas, siempre perdían.

G.K.: Tu trayectoria académica, que comienza con tu tesis doctoral en el área de la sociología de las enfermedades mentales, ha sufrido algunos desplazamientos a lo largo de los años. ¿Qué desplazamientos fueron esos, cómo fuiste poniendo tu atención en la escuela, y en los procesos educativos, por ejemplo?

F.A.U.: A mí me interesaban también las cárceles, sobre todo después de la publicación del libro de Foucault. Nosotros habíamos seguido su curso sobre la sociedad punitiva en París. No sé en qué año sería, quizás fue en el 73. Foucault centró el curso en las cárceles, y eso me llevó a trabajar más el tema de la desviación, y con la desviación también sobre la infancia normal y la infancia delincuente. Eran temas interesantes que conectaban en parte con los trabajos que estaba haciendo Julia sobre la maquinaria escolar, y los *Modos de educación en la España de la contrarreforma*. Entonces a partir de ahí, investigué bastante sobre las cárceles, sobre los procesos de desviación social, sobre delincuencia juvenil, y sobre la pedagogía para niños desviados y anormales. Eran temas que iban surgiendo un poco en relación con el manicomio, la psiquiatría infantil, y también, al hilo de algunos congresos que trataban alguna de estas temáticas. También publicamos en la colección Genealogía del poder de la Editorial La Piqueta bastantes estudios sobre desviación. En *Espacios de Poder*, por ejemplo, hay textos de Donzelot, de Foucault, de Castel. Yo también me interesé, siguiendo a Castel, por la cuestión social. Me había parecido el trabajo de Castel muy potente, concretamente el libro *Las metamorfosis de la cuestión social*.

Cuando llegamos a Madrid habíamos estudiado sociología en Francia, pero no conocíamos mucho a los sociólogos españoles, de modo que decidimos realizar un trabajo sobre el campo sociológico en España basado en entrevistas con diferentes sociólogos. El resultado fue un librito que se titula *La Galaxia Sociológica*, y que nos sirvió para orientarnos a partir de un mapa de posiciones. Otro libro que publicamos más tarde, *Sociología, capitalismo y democracia* tiene que ver con las clases de sociología que impartimos a nuestros estudiantes, y con una voluntad de romper una vez más con esa saga de sociólogos ilustres que se suceden en el tiempo como movidos por el aire en los libros de texto. El libro *Sociología de las instituciones* lo hicimos pensando especialmente en los estudiantes de psicología. En ambos libros nos pareció que era interesante leer un poco la historia de la sociología desde el punto de vista de la cuestión social, y cómo respondieron los sociólogos a la cuestión de las desigualdades sociales, a la cuestión de la violencia capitalista, la explotación, como la propia sociología, los propios sociólogos ha ido enriqueciendo un pensamiento que justamente es un pensamiento en cierto modo comprometido con la democracia. Pusimos de manifiesto que el diagnóstico que los sociólogos clásicos avanzaron es un diagnóstico susceptible de enriquecer un pensamiento crítico. Ese tipo de lecturas que íbamos recogiendo en clases, las hemos sistematizando un poco para los estudiantes.

G.K.: Miremos ahora hacia atrás para pensar en la editorial La Piqueta, a través de la cual tú y Julia publicaron en lengua española muchos de escritos de estos pensadores franceses. ¿Cuál es el rol que le atribuyes?, ¿cómo vez la difusión y el uso del pensamiento de Foucault en España, a partir de las traducciones que ustedes hicieron?

F.A.U.: Nosotros siempre pensamos que las traducciones de Foucault y otros, que el principal papel de La Piqueta era proporcionar armas intelectuales para poder pensar mejor, ver más claro, buscar la verdad, y eventualmente contribuir a edificar un mundo mejor. Concretamente si nos referimos a los usos del pensamiento de Foucault, a mí me parece que lo que ha predominado son los comentarios de la obra de Foucault, los escritos sobre Foucault, cuando lo interesante de Foucault es que él utiliza conceptos y proporciona materiales para pensar el mundo social. A nosotros no nos interesa tanto conocer a Foucault, aunque yo creo que es importante conocer su obra, y conocer su pensamiento y sus categorías, sino servirse de él para profundizar en el conocimiento del mundo social. A veces yo creo que tanto las lecturas de Foucault como las de Deleuze se han convertido en una especie de moda, una moda elitista, un poco un signo de distinción social, como fue en otros tiempos la levita, un comodín que sirve para todo y se aplica en todos sitios un poco por igual, como si fuese una ortodoxia. En este sentido ese uso puede ser un poco catastrófico porque las estrategias de poder que existen en la Francia, del siglo XIX y del XX, difieren profundamente de la situación en Brasil, o son muy distintas de las que operan en España. Hay una aplicación un poco mecánica de esas obras, y cuando se convierten en una moda los efectos pueden ser una catástrofe. Yo creo que el propio Foucault protestaría del uso que se hace de su obra, porque él hablaba de sus producciones intelectuales como una *caja de herramientas*. Yo creo que es muy importante la idea de la caja de herramientas.

G.K.: Otra dimensión de la contribución tuya y de Julia en la vida intelectual madrileña es la organización de los ciclos de conferencias en el Círculo de Bellas Artes. ¿Qué ciclos consideras tú que han sido los más importantes? Qué temáticas involucraron en ellos?

F.A.U.: Nosotros dedicamos un ciclo a *la fragilización de las relaciones sociales*, que me pareció interesante porque es todo el tema del proceso de individualización. El otro es *Pensar y Resistir*. El resultado de estos encuentros son dos libritos que publicó el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Nuestro objetivo era contribuir a pensar el neoliberalismo, entender la situación actual, la crisis, y yo creo que fueron ciclos interesantes, fueron

charlas a las que siempre vino gente, hubo debates... Nosotros siempre defendimos que la actividad intelectual tiene que estar abierta, tiene que ser objeto de debate. En [la revista] *Archipiélago* también, muchas veces presentábamos los números, abríamos el debate con gentes, sobre todo Julia, que es muy organizadora, yo creo que ha movilizado muchas presentaciones en el Círculo. En el Ateneo también hemos montado algunos encuentros sobre la Reforma Educativa, la controvertida LOGSE. En la universidad también organizamos encuentros y congresos, por ejemplo, hay un libro que salió en La Piqueta que se llama *Neoliberalismo versus democracia*, que es el resultado de un congreso que organizamos en la Complutense. Los estudiantes venían al congreso, participaban, pegaban los carteles, intervenían en las mesas. Y ahora los estudiantes siguen haciendo algunas cosas. Hace poco hubo unas jornadas de psicología crítica, que las organizaron los estudiantes. Yo los apoyé, en la medida en que pueda los ayudo. Quizás ellos eran un poco radicales porque eran partidarios a la vez de la antipsiquiatría y la antipsicología, de modo que yo creo que muchos estudiantes de psicología estaban un poco asustados con tanto radicalismo.

G.K.: Tú eres un hombre comprometido con las cuestiones sociales de nuestro tiempo, movilizado en pensar sobre las nuevas formas que el capitalismo asume en la contemporaneidad, sobre la internacionalización neoliberal que hoy impera en el mundo... ¿Cómo se relaciona tu último libro con estas cuestiones?

F.A.U.: Mi último libro se titula *El reconocimiento de la humanidad. España, Portugal y América Latina en la génesis de la modernidad*, publicado por la Editorial Morata. Es un libro escrito en la estela de Émile Durkheim y de Marcel Mauss y está vinculado a la vez con la sociología de las religiones y la sociología del conocimiento. La cuestión de fondo es la siguiente: ¿Cómo fue posible la modernidad, entendida, siguiendo a Max Weber, como *el desencantamiento del mundo*? A diferencia de Max Weber, Talcott Parsons, y Robert K. Merton yo defiendo que lo que hizo posible la modernidad fue una categoría nueva, surgida en el siglo XVI, la categoría de *género humano*, la categoría moderna de *humanidad* que vincula derechos naturales a todos los seres humanos. Creo que esa categoría fue, parodiando a Nietzsche, una especie de *estrella danzarina* en el fir-

mamento de los conceptos generados por las sociedades humanas, pues supuso que el mundo dejase de estar anclado en la divinidad para pasar a estar vertebrado por lo humano. El concepto estrictamente humano de humanidad anuncia en potencia la muerte de Dios y el paso a una sociedad secular. Émile Durkheim mostró que las categorías de pensamiento son sociales, se enraízan en la historia. Paradójicamente fueron eclesiásticos vinculados a la Escuela de Salamanca, a la Escuela de Coimbra y Évora, quienes, como consecuencia del descubrimiento del Nuevo Mundo, rompieron con las tradiciones heredadas del Viejo Mundo, para abrir un nuevo espacio mental que permitió la salida de la religión. El reconocimiento de la humanidad, entendido *reconocimiento* como aceptación y valoración del otro como semejante, abrió la vía a un orden secular en el que el Papa y el Emperador habían dejado de ser los amos del universo. El Nuevo Mundo generó la formación de un mundo en el que, por expresarlo sirviéndome de los términos utilizados por el historiador norteamericano Lewis Hanke, *la humanidad es una*. Me parece que frente a la globalización económica y la internacionalización del capitalismo financiero era interesante repensar las bases de una globalización de los derechos humanos, entendidos éstos en sentido fuerte, secular.

Los buenos libros son como los buenos vinos: van ganando en fuerza y en calidad con el paso del tiempo. Espero que este libro resista bien el paso del tiempo. Yo creo que hice un libro bien documentado, en el que se plantea una tesis que me parece nueva. En todo caso estoy contento con el resultado de una investigación en la que trabajé durante años. Espero que el libro os interese, pues sois vosotros quienes debéis juzgar acerca de su pertinencia y de su valor.

G.K.: Lo leeremos con sumo interés. Fernando, en nombre de todos que componen el Comité Científico de nuestra revista, te agradezco por esta entrevista en la que nos cuentas algunos rasgos sobresalientes de tu prolífica trayectoria intelectual.

F.A.U.: Soy yo el que estoy muy agradecido por vuestra amabilidad, y por todas las atenciones que tan generosamente nos prodigáis cada día. Para mí es un honor que este diálogo que hemos mantenido quede reflejado en vuestra prestigiosa revista *Educação Unisinos*. De verdad, muchas gracias Gelsa.